



VOLTAIRE, *La Doncella de Orléans*, traducción de Juan Victorio, prólogo de José María Merino, Rey Lear, Madrid, 2008, 317 pp. ISBN 978-84-92403-01-1. (*La Pucelle*, 1762.)

VOLTAIRE escribió *la Doncella de Orléans* en su exilio de Ginebra, en Les Délices, la casa en la que se refugiaría a mediados de 1753, cuando Federico II de Prusia le obligó a salir de su territorio tras la controversia con Maupertuis en la Academia de Berlín y Luis XV le prohibiera el acceso a París, donde regresaría triunfal quince años después, poco antes de morir. Entre Les Délices y Lausanne, Voltaire pondría punto final también a sus grandes obras historiográficas, *El siglo de Luis XIV* y el *Ensayo sobre las costumbres*, y esbozaría su *Filosofía de la historia*. A los ojos de los ginebrinos, Voltaire encarnaba al *Philosophe* y campeón de la tolerancia, pero la reacción no tardaría en llegar. Si pudiéramos juzgar a un filósofo por las reacciones que suscita, a Voltaire tendríamos que agradecerle que motivara la reacción de Rousseau. En el séptimo volumen de la *Encyclopédie*, que apareció en 1757, d'Alembert publicó el artículo sobre Ginebra que Voltaire le había sugerido y que provocó la redacción de la *Carta a d'Alembert sobre los espectáculos*: Rousseau protestaría amargamente por las consideraciones sobre la religión de la ciudad y sobre la representación teatral del enciclopedista en un texto que prevé ya la sociedad del espectáculo contemporánea. La difusión de *La Doncella de Orléans*, que se imprimiría sin el permiso del autor —aunque seguramente con toda

su complacencia—, acabaría por poner en peligro la posición de Voltaire en la “patria” de Rousseau y le empujaría, literalmente, hacia la frontera en Ferney. (En 1764, a salvo en su nuevo asilo, Voltaire se mofaría del patriotismo de Rousseau con su libelo *Le Sentiment des Citoyens*: el autor que había visto en las danzas espartanas de las tres generaciones el ideal supremo de la representación cívica había enviado a sus hijos al orfanato...) Los últimos años serían para Voltaire los del reconocimiento completo y la fama por encima de cualquier controversia. La carta de Rousseau no impediría que Voltaire regresara a París en 1778 para estrenar *Irène*. En cierto modo, el teatro era el verdadero medio de expresión de Voltaire, y es toda una ironía que quien consideró a Shakespeare un “salvaje borracho” sea publicado ahora —en una edición extraordinaria en muchos sentidos— por una editorial llamada Rey Lear.

A diferencia de *La Henriade*, en la que la imitación de Virgilio corre parejas con la defensa de la convivencia religiosa y la admiración por la figura del monarca que rige el destino de su pueblo —una admiración de la que Voltaire no renegaría nunca y de la que trataría de apropiarse para sí mismo cuando se convirtiera en señor de Ferney—, *La Doncella de Orléans* es completamente irreverente: nada se salva del propósito burlesco del autor: ni la Iglesia, ni el Estado, ni la condición humana, ni la celestial, ni la historia de Francia, en una obra escrita en el exilio y en la ciudad más puritana de Europa. Pero se trata de un propósito logrado, en la medida en que *La Doncella de Orléans* es una obra divertida: la *Pucelle* —la fiera y tierna Juana— “tint sa parole à son ami Dunois” y no defrauda al lector... Es probable que, si Voltaire no hubiera sido ciego respecto a Shakespeare, la influencia de Falstaff hubiera



mejorado el resultado: la libertad absoluta con la que Shakespeare recorrió la historia inglesa se traslada también a la libertad absoluta con la que manejó las formas literarias. En este sentido Voltaire le fue a la zaga, y su befa no alcanza a alterar el clasicismo de su versificación. El mayor mérito de esta edición reside en su traducción: Juan Victorio, traductor de *La Chanson de Roland*, ha vertido el original como si fuera un cantar de gesta. Al medievalizar la forma de un contenido grotescamente medieval, ha logrado lo que la cadencia clasicista de Voltaire sólo lograba de una manera convencional. El traductor ha traicionado al autor y ha sido fiel a la obra.

Antonio Lastra